

“Engrandece mi alma al Señor”*(Lc. 1:39-56)*

Sal 111; Dt. 18:15-19; Flp. 4:4-7; Lc. 1:39-56

Jesús,
Cap. Miranda,
Hohenau.

En un paquete de Navidad, no siempre, pero a veces podemos suponer el regalo que contiene adentro antes de abrirlo. Así también, por el aspecto del vientre de una mujer, podemos darnos cuenta de que ella está embarazada y de que un bebé está en camino, antes de que el niño nazca. Es una alegría anticipada. No hace falta llegar al momento de abrir el regalo, o al momento de nacer el niño, para que uno se sienta feliz, muy feliz, y emocionado por el regalo que vamos a recibir: sea que se trate de un regalo de Navidad, o que se trate de la venida de un hijo al mundo.

De la misma manera, la virgen María, feliz, emocionada, por la venida del Salvador Jesús al mundo, exclama con inmensa alegría, incluso antes de que el niño Jesús nazca: “Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”.

¿Cuánto valor damos al regalo de Dios de su salvación? ¿Cuán alegres y satisfechos estamos con Dios por el regalo de que Jesús haya venido a nacer por nosotros? Como dice María: “Engrandece mi alma Al Señor” Aun sin ver, María esta alegre en Dios su Salvador, porque confiaba en sus promesas de perdón y vida eterna. Perdón que necesitamos tanto, frente a la idolatría de este tiempo presente: por la presencia de supersticiones entre ustedes; por la consulta a hechiceros y magos; por atender al horóscopo del día; por presentar incienso para que haya “energías positivas” en la casa; otros que caen en el pecado de la soberbia del corazón, de ser altaneros. A esto se agrega que los poderosos de este mundo incitan a que nuestra sociedad quede ciega por el materialismo, o por la ilusión falsa del éxito personal a toda costa, sin importar quien está al lado, sin importar los mandamientos de Dios. De esto modo, el diablo con sus artimañas siempre busca que uno se olvide de Dios. Por el Señor viene para el día del Juicio, ¿y qué va hacer? Va a esparcir por el suelo a los soberbios, quitará de sus tronos a los poderosos, y a los codiciosos mandará a sus casas con las manos vacías (Lc. 1:51-53).

Dios nos llama otra vez a confesarnos humildemente como pecadores, a arrepentirnos, y como María reconocer en verdadera fe: “Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva”, “exaltó a los humildes, y a los hambrientos colmó de bienes” (Lc. 1:52-53). En su misericordia, Dios se acuerda de nosotros, pobres pecadores, y nos visita, siendo concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de una virgen, y naciendo en Belén en un humilde establo.

¿Con qué propósito Dios viene a nacer y vivir entre nosotros? Dice María en su canto: Porque “socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre” (Lc. 1:54-55). Dios nace en Belén para cumplir la promesa que había hecho al patriarca Abraham, cuando le dijo: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gn. 22:18a). ¿Y qué promesa es esta, sino que Dios enviaría a su Hijo al mundo, como descendiente de Abraham en cuanto a su naturaleza humana, para salvarnos mediante la cruz del pecado y la condenación eterna? Cristo Jesús se cumplió la promesa hecha por Dios a Abraham cerca de 2000 años antes.

También unos 1400 años antes del nacimiento de Jesucristo, Moisés había anunciado al pueblo de Israel: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis”... “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare” (Dt. 18:15, 18). ¿Y qué profeta es este, sino Jesucristo mismo? Después, unos de 700 años antes del nacimiento de Cristo, Dios volvió a decir por medio del profeta Miqueas: “Pero tú, Belén

Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel” (Mq. 5:2). ¿Y quién es este Señor, sino Jesús? Y por ese tiempo también Isaías profetizó: “El Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is. 7:14), “que traducido es: Dios con nosotros” (Mt. 1:23b). ¿Y quién es este “Emanuel”, sino Jesús mismo?

Entonces no es de extrañarse que la virgen María exclame con gran alegría: “Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”. Porque, “indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16). Así que, como dice San Pablo: “alégrense en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Alégrese!” (Flp. 4:4). Porque Dios cumple lo que prometió a su pueblo.

En el tiempo de la Navidad hay personas tal vez ya no pueden estar al lado de sus seres queridos, sea por enfermedad, o por la distancia, o porque sus familiares ya partieron de este mundo a la casa del Padre celestial. Personas que quizás se sienten tristes, y lloran. Pero recuerden lo que Dios logra hacer por nosotros: Por la fe en Cristo, la Cabeza, cada miembro del cuerpo, que es la iglesia, permanece unido a los demás miembros, porque comparten la misma Cabeza. Entonces, unido a Cristo Jesús por la fe, cada miembro del cuerpo permanece conectado el uno al otro, sin importar el tiempo, la situación, o si se encuentra en la tierra o en el cielo. Esto es porque Cristo nos reconcilió con Dios y nos unió a su propio cuerpo, la iglesia, gracias al don de la fe, dado en su Palabra, el Bautismo y la Santa Cena. Es por estos medios de gracia, que Dios me aceptó en Cristo, me hizo nacer de nuevo mediante la palabra del Evangelio (Jn. 3:5; 1 Pe. 1:23) y me unió con su cuerpo la iglesia.

Este es el gran regalo de la Navidad, del cual María dio gracias a Dios y nosotros hoy también: Que por la venida del Hijo de Dios al mundo, los pobres pecadores son colmados con el tesoro del perdón y la vida eterna, y mediante la fe son hechos hijos de un mismo Padre y hermanos en Cristo. Y todo esto porque Dios es fiel y ha cumplido la promesa hecha a Abraham y su descendencia para siempre (Lc. 1:54-55). ¡Alégrese en el Señor! Como María, cantemos también en Navidad: “Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” (Lc. 1:47). Amén.